



frenaba y en casos anulaba la atracción sentida hacia las abejas, el justificado temor de recibir sus nada agradables lancetazos.

En los Cursos de la Dirección General de Ganadería, con buenos elementos materiales de enseñanza, siempre ocurría lo mismo: El primer día, después de una ligera explicación teórica de la abeja y la colmena, al invitar a los alumnos a pasar del salón central al inmediato donde estaba la colmena de enseñanza, era alguna muchacha la que con cara de susto exclamaba: «¿Pero, así, sin velo ni defensa alguna?» Respondía que aquella colmena de cristal, las abejas salían directamente al exterior y ninguna podía penetrar en la habitación; pues bien, franqueaban la puerta, no obstante galantes ofrecimientos masculinos, siempre los primeros algunos hombres, y después, cuando se convencían de la verdad de mi afirmación del no peligro, eran ellas las que se agolpaban en primera fila sobre los cristales, mirando entusiasmadas abejas y panales, y me era preciso ir las desalojando, casi una a una, para que todos los alumnos pudieran ver las distintas particularidades que les iba mostrando.

Muy pocos días después, cuando ya portaban defensas según nuestros consejos, en el momento de salir a inspeccionar una colmena normal de explotación, el fenómeno de timidez femenina se repetía, ahora con más amplia duración, pues raro ha sido el caso

de tomar una chica con sus manos el panal cargado de abejas que había pasado por las de varios alumnos en este primer día de lección práctica; pero también han sido siempre ellas las que con mayor cuidado y acierto llegaban a remover las tapas y cuadros de la colmena.

Disponer de defensas eficientes, cómodas, no fatigantes y fáciles de poner y quitar no es ningún problema ni supone un dispendio, y, quiero insistir en mi opinión, aun no siendo ésta compartida por muchos e ilustres apicultores, de ser extraordinariamente útil defenderse las manos, no con pesados guantes de piel o lona, sino simplemente con una manopla amplia de tela blanca y fina, a través de la cual se tiene perfecto tacto y se pueden realizar las más delicadas intervenciones, sobre todo por manos femeninas, acostumbradas a coger objetos con una tela interpuesta, pero no a soportar inflamaciones y dolores.

La apicultura no exige normalmente esfuerzos físicos, aun para desplazar una colmena, faena no normal, que casi siempre se realiza cuando no está plena de miel, pueden bastar unos brazos de mujer o le es fácil a ésta solicitar auxilio; pero lo que sí requiere el colmenar, más que el gallinero, es sentir verdadero interés y afecto por las abejas. Mirar con frecuencia, desde distancia conveniente y sin exposición a picadas, el movimiento de piqueras, el cual constituye

